

## LOS LIBROS

### NOVELA

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE, por  
*Erich María Remarque.*

Poderosamente original, esta novela borra el recuerdo de las obras semejantes; les lanza una granada y las mata. Parece que nunca hubiéramos leído descripciones de la guerra; o que los demás hubieran descrito y éste nos llevara al campo mismo y nos metiera entre el fuego y en el cuerpo de los combatientes. No se sabe si está al comienzo o al fin del arte, ni si tiene simpatía por los alemanes o por los franceses. Se sabe que horroriza. Nada más. No porque el autor trate de horrorizarnos. No: por su cerebro están pasando las cosas que sucedieron y más bien procura atenuarlas, mostrar algunos aspectos menos espantosos. Aprieta los labios, aguanta y se permite sonreír. Hay gran cantidad de chanzas, bromas y juegos de toda especie. No crean Uds. que los soldados lo pasan tan mal frente a las ametralla-

doras. Con el estómago «repleto de alubias y carne de vaca» uno puede sentir perfectamente el goce de vivir, sobre todo cuando ha muerto la mitad de la compañía y el furriel reparte entre ochenta soldados raciones destinadas a ciento cincuenta. Como banquete, es un banquete. Tenemos dieciocho años, hemos salido del colegio y estamos a nueve kilómetros de la línea enemiga. Vamos aprendiendo poco a poco esta nueva manera de vivir, sobre las armas, dentro del uniforme, ceñidos por la disciplina:

Durante diez semanas aprendimos la instrucción y en ese tiempo sufrimos una transformación más profunda que en los diez años de colegio. Supimos entonces que un botón bien limpio tiene más importancia que cuatro volúmenes de Schopenhauer. Primero sorprendidos; luego exasperados; finalmente indiferentes, comprendimos que lo esencial no parecía ser el espíritu sino el cepillo de las botas. No la idea, sino el sistema. No la libertad, sino la disciplina. Con entusiasmo y buena voluntad nos hicimos soldados; pero todo se juntó para expulsar eso de nosotros. A las tres semanas ya ha-

llábamos comprensible que una manga con galones tuviese sobre nosotros más poder que antes tuvieron nuestros padres y todos los núcleos de cultura, desde Platón hasta Goethe inclusive....

Suelen brotar tipos odiosos, como el tal Himmelstoss, que nos obliga a hacerle catorce veces la cama, antes de darse por satisfecho, que nos hace fregar el suelo de nuestra sección con un cepillo de dientes y goza humillándonos de mil maneras; pero también le llega su turno y no faltará ocasión de tomar excelente desquite. Triste suerte la del pobre Kemmerich que ha perdido una pierna y cree que podrá seguir usando sus magníficas botas de cuero inglés; y lamentable la codicia sin disimulo con que Müller, por lo demás, buen muchacho, codicia esas botas y espera por minutos la muerte del camarada; pero todo esto se apaga cuando empieza la música del frente, se levantan los cohetes luminosos para apuntar en la noche y llueven las granadas sobre las trincheras. Y luego, somos unos niños:

Me miro las botas. Son grandes y estrafalarias y el pantalón está sujeto por ellas. Tiene uno cierto aspecto de robustez y gordura metido en estos tubos. Pero cuando vamos a bañarnos, volvemos, ya desnudos, a tener, de pronto, piernas enjutas, hombros enjutas. Entonces ya no somos soldados, somos casi unos rapaces. Nadie creería que pudiésemos llevar mochila. Es un raro instante este de vernos desnudos. ... Francisco Kemmerich, al bañarse, era pequeño y menudo como un niño. Y ahora está ahí, tendido. ¿Por qué?, pregunto yo. Debería uno hacer desfilar al mundo entero ante esta cama y decirle: «Este es Francisco Kemmerich, de diecinueve años de edad. No quiere morir. ¡No le dejéis morir!»

Al fin, Müller consigue las botas. La guerra sigue. Ya estamos en el frente mismo, bajo el tableteo de los disparos. Nos faltarían a veces las provisiones si no tuviéramos de camarada a Katczinsky, hábil para olfatear un ganso a veinte kilómetros y que descubriría pan fresco en el Sahara. Y que enseña a los reclutas el ruido de los diversos proyectiles y el modo más eficaz de hurtarles el cuerpo; porque todo requiere su arte. Así se aprende el valor maternal de la tierra:

Para nadie es la tierra tanto como para el soldado. Si el soldado se abraza a ella largo tiempo, fuertemente; si hinca en la tierra hondamente su cara, sus miembros, transidos del pánico que inspira el fuego, entonces la tierra es su único amigo, su hermano, su madre. El soldado encierra sus gritos y su miedo en el corazón de aquel silencio, en aquel recinto acogedor. La tierra abraza al soldado y lo devuelve luego para que viva y avance otros diez segundos. Y vuelve a recogerlo, a veces, para siempre.

Todas las máscaras caen delante de la muerte y el niño disfrazado de hombre vuelve a la infancia. Silban las granadas. Un recluta rubio tiene miedo. Se le ha caído el casco. El amigo lo agarra y quiere ponérselo: el muchacho lo mira, tira el casco y mete la cabeza bajo el brazo del otro, junto a su pecho, temblando. Le sucede una desgracia lamentable e infantil; pero nadie reirá, porque la muerte está pasando su sábana de fuego sobre todas las cabezas y el recluta rubio pronto ya no podrá ruborizarse de nada. En el vago avance sin rumbo, buscando hoyos, ligeras depresiones, para protegerse, la compañía da en un cementerio y durante horas los vivos escapan

de la muerte en el fondo de las tumbas, atronadas por el cañón, detrás de ataúdes y cadáveres, felices de que un difunto les caiga encima y reciba los cascos de granada. Cuestión de suerte. El soldado vive suspendido del azar, en pleno milagro.

Hace unos meses estaba yo sentado en un refugio subterráneo, jugando a la baraja. Un rato después me levanté para visitar a unos amigos, en otro subterráneo. Cuando volví no quedaba nada del primer refugio, destrozado completamente por un proyectil de gran calibre. Me volví al otro y llegué a tiempo para desenterrarlo. En aquel intervalo, una explosión había desmoronado su entrada.

El destino guía las balas, que no son el azote más temible. Hay el hambre, el alimento malo y las ratas que se comen el pan, las ratas hambrientas que andan por la cara de uno y lo despiertan, algunas singularmente repugnantes por su tamaño:

Es la especie que llaman *ratas de cadáver*. Tienen una horrible facha de cara maliciosa, desnuda; se marea uno al ver aquellas largas colas sin pelo.

Hay que aprender a destruirlas, como se aprenden tantas cosas en la guerra. Por ejemplo, la proximidad de las ofensivas. Se revela, a veces, en la mejor calidad y la mayor cantidad de las raciones. Otras en un signo pasajero: un alto de ataúdes recién contruidos, apilados junto a un muro, blancos, sin pulimentar, olientes a resina y a pino. Con la práctica, se puede hasta criticar el uso de las armas, observar la diferencia de su eficacia, comparar la bayoneta con la pala:

Realmente, la bayoneta ha perdido su importancia. En los ataques, suele ya ser de moda salir sólo con palas y granadas de mano. La pala afilada es un arma más ligera y de muchas más aplicaciones. No sólo se puede empujar con ella por debajo de la barba, sino que, ante todo, se puede andar a golpes. Tiene más éxito; especialmente si el golpe se asesta entre el hombro y el cuello, es fácil abrir hasta el pecho. La bayoneta suele quedar clavada, al dar el pinchazo, y luego es preciso dar al otro una fuerte patada contra la barriga para soltársela.

La costumbre, gran suavizadora, narcótico y anestésico natural, opera también en el frente y, con la experiencia, da una especie de tranquilidad fatalista. Se juega al naipe mientras dos aviones se baten arriba. Voy al alemán.—Una botelia de cerveza al francés.—Y sigue el juego. De pronto, un chasquido, una humareda, un bulto de humo y llamas que cae. ¿Cuál? El alemán. ¡Diablos! Perdí la cerveza. El juego continúa y se paga la apuesta. Una costra invisible formase en torno a la sensibilidad de los combatientes, una delgada capa protectora que se rompe con el «pánico de las trincheras» y un soldado, enloquecido, huye y sale a morir a ras de tierra, barrido por las balas. Imágenes formidables se graban a fuego: el soldado que, en la carga, sigue corriendo sin pies, el que avanza con un surtidor de sangre sobre el cuello, en vez de la cabeza volada. Y entonces no se puede dormir en la trinchera:

Tensión mortal nos araña, como una navaja mellada, a lo largo de la espalda. Las piernas no pueden más. Tiemblan las manos. Todo el cuerpo es sólo una epidermis delgada sobre una locura a duras penas contenida

sobre un rugido persistente, próximo a romper todos los frenos. Ya no hay carne en nosotros, ya no hay músculos. Nos da hasta miedo mirarnos, porque no estalle algo insospechable. . . . Nos mordemos los labios. . . . Pasará. Pasará. . . . Quizá nos salvemos.

Entonces no queda más recurso que alguna visión; y mientras el refugio subterráneo retiembla como una caldera martillada por los obuses, flota en la sombra un claustro de catedral, rosales en flor dentro del jardinillo, estatuas de piedra, una torre que sube en silencio, hendiendo el azul tierno de la tarde, columnitas resplandecientes en la fresca obscuridad del templo, y la esperanza de los veinte años y «esas cosas desconcertantes que sugieren las mujeres. . . »

\* \* \*

Hablando de su vida en la prisión, dice Oscar Wilde que allí el tiempo no avanzaba, daba vueltas, era un solo día largo desenvuelto en torno al mismo pensamiento de dolor.

En conjunto, es la impresión que deja la obra de Remarque.

Liviana, ágil, movida, alegre, por momentos, en sus detalles, con muchos diálogos y frases cortas, con gran número de personajes e infinitos incidentes, siempre variados, uno advierte al fin que no se ha movido del mismo punto y que todo ha salido del horror, ha vuelto al horror, ha permanecido en el horror.

Es una de las ilusiones más sorprendentes logradas por el arte.

No hay odio al enemigo ni a nadie, en parte alguna. Quitando dos o tres pasajes y cambiando los nombres, el héroe se podría encontrar en cualquier

ra de los frentes. Sabe tanto de la guerra en total como una célula del organismo puede saber del cuerpo entero. Sufre y aguanta. He ahí todo. Para no perder enteramente la noción de su existencia como creatura humana, le queda nada más que este sentimiento: la camaradería, la amistad de la víctima que tiene al lado. Todos los demás hilos se rompen y, cuando una herida la da derecho a un permiso, el muchacho vuelve a su casa y encuentra que ya no tiene nada de común con los suyos. Los que no están en el frente le parecen huecos, hombres de palabras, sin nada adentro. La existencia normal ha perdido enteramente su sabor. ¿Cómo es posible seguir con las mismas preocupaciones? El ruido de la metralla, el reptar entre las trincheras, bajo la lluvia mortal, la incesante angustia de los nervios lo han transformado en un ser distinto, con otros nervios, hecho a otra temperatura; su madre, sus hermanos, sus vecinos se le figuran fantasmas con los cuales no lo liga nada, seres de un mundo diverso. ¡Qué grotescas resultan sus expresiones para hablar del heroísmo militar, de la abnegación de los combatientes, de la nobleza patriótica y guerrera! La vida ordinariase ha desteñido; el rojo ardiente de las trincheras la hace palidecer; no se puede oír nada cuando se trae el cerebro ensordecido por los cañones.

Antes de morir, ya el combatiente se ha desligado de este mundo, ha cortado sus amarras con la existencia y está listo para la barca fúnebre.

El lector, que comenzó la guerra con el mismo entusiasmo juvenil del recluta adolescente, ha envejecido en las últimas páginas y una especie de

estupor lo aplasta. Comprende el sentido del epígrafe inicial:

Este libro no pretende ser ni una acusación ni una confesión: sólo intenta informar sobre una generación destruida por la guerra. Totalmente destruida, aunque se salvara de las granadas.

No importa la victoria, no importa la derrota; se ha perdido, de todas maneras, el alma; la civilización se ha roto como un resorte, se ha desgarrado como un vestidura suntuosa arrastrada por el fango. El hombre de pensamiento ha tenido que matar y defenderse como las bestias. La única nobleza posible que le resta consiste en morir, en desaparecer pronto. Un cansancio, un asco infinito suceden a los estremecimientos demasiado repetidos del horror. El corazón dice:— ¡Basta!—Y casise experimenta un alivio al leer, finalmente:

Murió en Octubre de 1918, un día tan tranquilo y apacible, que el comunicado oficial del Cuartel General del Oeste se limitó a esta sola frase: «Sin novedad en el frente.»

Las visiones del Dante, las pesadillas de Poe, las torturas refinadas de los más sutiles maestros en el dolor humano quedan lejos de esta sensación de muerte que da Erich María Remarque con su relato naturalista, a lo Maupassant, claro y seco, vitalmente cierto.—*Alone*.

LUNA DE COPAS, por *Antonio Espina*.

El autor de este libro (1) representa en la nueva literatura española una actitud de espíritu ante las cosas literarias parecida a la que, en anteriores estadios, fuera la característica de un Miguel de Unamuno y un Ramón Pérez de Ayala. Porque este nuevo escritor, que prohija ya una obra numerosa y llena de cualidades sobresalientes, ha cultivado y cultiva, como los maestros citados, el ensayo, la poesía y la novela.

Su novela actual ha merecido en España el saludo de un entusiasta homenaje de la juventud literaria al que ha adherido el primero Azorín, que siente en su fructuosa hora crepuscular la alegría creadora de su mocedad combativa e insurgente.

En verdad, si no una rectificación del género, como ha llegado a insinuarse por apologistas más entusiastas que firmes en achaques de técnica literaria, la novela de Antonio Espina es un libro curioso, fino, irónico, con agridulce sabor de fruta primaveral y provocativa.

Este es, en realidad, un innovador que convence. Porque, poco seguro de sentar en el campo estético verdades absolutas inauditas que vengan a reemplazar a las viejas verdades que han perdido vigencia, viene con un gesto humilde a revolver alegremente los tradicionales conceptos derramando sobre todas las cosas una alegría juvenil que no excluye una marcada y saludable auto-ironía.

«Obra maestra», «novela pura».

---

(1) *Luna de Copas*. Revista de Occidente, Madrid, 1929.